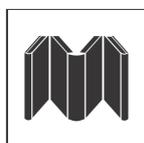


MELANIE  
METZENTHIN

La  
Enfermera  
del puerto

*Traducción:*

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

PRIMERA PARTE

# La enfermera

# 1

*Hamburgo, 19 de agosto de 1892*

A MARTHA LE encantaba pasear por la plaza de Scharmarkt. Y ese día más aún, porque cumplía catorce años y su madre le había dado veinte peniques por la mañana para que se comprara algún capricho al salir del colegio. ¡Veinte peniques! No recordaba haber tenido semejante fortuna en las manos jamás. Aquel lugar, que contaba con pequeñas tiendas y talleres de artesanía, era el corazón palpitante del Gängeviertel, el barrio de los Callejones. Martha conocía hasta el último rincón de las estrechas vías, porque con apenas ocho años ya había entregado las labores de costura de su madre en el negocio de ropa blanca de la señora Lembcke. Justo al lado estaba la tienda del relojero Härtel, cuyo escaparate nunca se cansaba de admirar. Allí había elegantes relojes para damas, de bolsillo para caballeros, y también grandes relojes de pie, pequeños despertadores de mesa y delicadas cajas de música. Seguramente ella jamás pudiera permitirse uno, pero su hermano Heinrich, que tenía once años, soñaba con que se lo regalaran ese otoño, cuando por fin entrara en el instituto.

—No te hagas demasiadas ilusiones —le había advertido Martha varias veces—. Mamá ha tenido que ahorrar mucho para pagar la escuela, no podrá comprártelo.

—Pero lo necesitare para ser puntual.

—¡Qué dices! Papá siempre llega a su hora y no tiene reloj de bolsillo. Con el despertador nos basta a todos.

Mientras pensaba en su hermano, oyó la campanilla de la puerta de la relojería y del comercio salieron una madre y un hijo de la edad de Heinrich. El chico llevaba una peculiar gorra de estudiante que lo identificaba como alumno de *untertertia*, el octavo curso. En la mano sostenía con orgullo una cajita. Apostaba a que dentro había un flamante reloj de bolsillo.

Martha suspiró. Si Heinrich todavía quería uno de esos, ya podía esperar sentado...

Dejó atrás la relojería y echó a andar por la acera. Dentro de lo posible, intentaba ir por la sombra de los toldos que se extendían desde lo alto de los escaparates para protegerlos del sol abrasador. Hacia el mediodía, la calle fue llenándose pausadamente de vida y, junto al habitual ir y venir de repartidores, en la calzada empezó a verse también algún elegante carruaje. En la platería, dos damas bien vestidas contemplaban la exposición de muestra. Algo más allá, tres marineros aguardaban sentados en un banco frente al mesón Adler, donde su padre iba a recoger el jornal. El establecimiento contiguo era la tienda de dulces Trautmann.

Martha contempló el escaparate y dudó un momento. Era tanto lo que deseaba... Pero nunca lograría reunir dinero suficiente para una caja de música del relojero Härtel, ni para unas relucientes botas de botones con tacón. Aun así, ¿de verdad iba a invertir esa pequeña fortuna que tanto trabajo le había costado a su madre en un placer tan pasajero como caramelos de menta y tofes? ¿No sería mucho mejor comprar dos ovillos de lana con los que tejerse unos leotardos para el invierno?

Mientras todavía admiraba las finas rosas de azúcar, los cerditos de mazapán y las bomboneras que había al otro lado del cristal, una mujer abrió la puerta y, del interior, salió un aroma tan embriagador que Martha no pudo contenerse. Entró en el establecimiento y le pidió a la amable dependienta la bolsa más grande de caramelos variados que tuviera. Todavía dentro de la

tienda, se metió en la boca el primero, un tofe, y empezó a chuparlo muy despacio para disfrutarlo al máximo. Entonces decidió volver a casa. A esas horas hacía tanto calor que el sol, al reflejarse en los adoquines de la calle, parecía formar pequeños charcos de agua. Su padre le había contado que, en el desierto, donde el calor era sofocante, ese fenómeno se llamaba fatamorgana y podía hacer que alguien sediento creyera estar contemplando todo un oasis y acabara encontrando la muerte al intentar alcanzarlo. Tal vez esa tarde su padre les contara otra historia emocionante a sus hermanos y a ella, una que hubiese oído a los marineros del Adler. Por muy pobres que fueran sus padres, cuando Martha pensaba en ellos, en el amor y el cariño que demostraban siempre hacia sus tres hijos, se sentía la muchacha más rica del mundo.

El callejón de Bleichergang, donde vivía con su familia, quedaba justo detrás de Scharmmarkt. Sin embargo, al contrario que la ostentosa plaza comercial, era tan estrecho que los rayos del sol nunca llegaban a las ventanas de algunas casas. En pleno verano, además, en la calleja flotaba una nube pestilente porque el barrio tenía muy pocas letrinas, y muchos habitantes vaciaban los orinales sobre las cunetas. Eso exasperaba de continuo a su madre, Louise, que llevaba años deseando más que ninguna otra cosa trasladarse al muelle de Johannisbollwerk, donde vivían los carpinteros de ribera, los capataces de carga e incluso algunos capitanes. Pero su padre, Karl, no era más que un sencillo estibador que debía presentarse ante el capitán del puerto a diario y preguntar si se requerían sus servicios. Con el dinero que ganaba, a duras penas les alcanzaba para pagar el alquiler de Bleichergang y cubrir los gastos más básicos para poder vivir. Todo lo que pasaba de esa cantidad lo obtenía su madre trabajando como costurera desde casa. Al año siguiente, cuando Martha acabara la escuela, se vería obligada a echarle una mano. Louise tenía muchas esperanzas puestas en que entrara como

aprendiza con el maestro modisto Helbinger, cuyo taller se encontraba en el sótano que había bajo la tienda de ropa blanca de la señora Lembcke. Helbinger, sin embargo, no era un hombre de trato fácil, y sus padres no tenían dinero suficiente para pagar el aprendizaje de su hija, por lo que Martha debería convencerlo con su laboriosidad y su destreza. Ella lo dudaba mucho. Lo primero no le faltaba, pero, a diferencia de su madre y su hermana Anna, no tenía demasiado talento para el delicado trabajo con la aguja.

Su familia vivía en un piso de dos habitaciones con una gran cocina en la que su madre no solo se pasaba el día preparando comida, sino que también realizaba sus labores de costura. Para encontrarse en Bleichergang, era una vivienda grande y bonita y, a pesar de los malos olores, Martha no habría podido imaginar un hogar mejor. Incluso tenían agua corriente, porque en el patio, junto a las letrinas, había un grifo para toda la comunidad; un lujo del que ni mucho menos disfrutaban todos los habitantes de los Callejones. La mayoría sacaba el agua para beber directamente del Elba, de donde procedía también la de las canalizaciones. Una vez que ella y su hermana fueron a por agua al grifo, les cayó en el cubo una pequeña anguila. Anna, que era muy niña todavía, gritó pidiendo socorro porque pensó que era una serpiente. Su madre, al ver la sorpresa, rio con ganas y exclamó que también así alimentaba el Elba a sus hijos. La anguila acabó en la sartén aquella misma noche, y desde entonces contaban la historia siempre que había ocasión.

CUANDO MARTHA LLEGÓ a casa, no halló, como esperaba, a su madre en la cocina, sino con Anna, que estaba sentada en la cama y no paraba de vomitar. El orinal estaba tapado, pero pronto supo que estaba lleno por el fuerte olor. Se apresuró a esconder en el anaquel del armario la bolsa de caramelos que

tanto le hubiera gustado compartir con su hermana, porque sin duda sería lo último que la pequeña querría ver en aquellos momentos.

—¿Salgo a vaciar el orinal? —le preguntó a su madre, por si podía ayudar en algo.

—No —contestó Louise—. Mejor ve al grifo a por agua y deja que Anna descanse. Tiene la misma gastroenteritis de todos los veranos.

Martha asintió. Fue a buscar el cubo a la cocina y bajó al grifo. El agua era marrón y salobre; se podía llenar el cubo cuando salía más clara, tras dejarla correr durante un buen rato. Cuando regresó arriba, le preguntó a su madre si podía hacer algo más, pero la mujer negó con la cabeza.

—Tranquila. ¿Por qué no sales otro rato a tomar el aire? —le propuso—. Aquí dentro debes de estar asfixiándote. Disfruta de tu día.

—Pues iré a ver a Milli.

Louise arrugó la frente.

—No me hace mucha gracia que vayas a casa de los Steubner. No son buena gente.

—Pero ella no tiene la culpa de eso.

—Ya lo sé —dijo su madre mientras apartaba con cuidado el pelo de la cara de Anna, que sudaba sin parar—. La verdad es que yo también siento en el alma no poder ayudar a Milli, pero mientras su madre siga jurando y perjurando que su Hannes es un hombre buenísimo, nadie podrá hacer nada por ella. —Suspiró—. Y ya sabemos cómo acabará la pobre chica.

Martha tragó saliva con esfuerzo. Sabía muy bien a qué se refería su madre. Con la fama que tenía su familia, nadie la aceptaría como aprendiz. Su única esperanza consistía en casarse con un hombre decente, aunque ni siquiera eso le garantizaba nada. A su padre biológico se lo llevó el mar cuando su madre aún estaba embarazada, de manera que no pudo cumplir su

promesa de casarse con ella. Poco después, la mujer se alegró de que Hannes Steubner la convirtiera en su esposa antes del parto y, con ello, le diera su apellido a la niña. Quizá por eso seguía defendiéndolo a pesar de todo. Además, cuando lo conoció, él todavía era un respetado capataz de estibadores con un bonito piso en Johannisbollwerk. Solo que acabó juntándose con malas compañías. Martha no entendía por qué decidió participar en un gran robo que le costó el trabajo y la reputación, y que además le hizo pasar dos años en la penitenciaría. Fue entonces cuando Milli se trasladó con su madre a Bleichergang porque ya no podían permitirse el alquiler de su barrio anterior. Y fue también en aquella época, según decían las malas lenguas, cuando Else Steubner empezó a hacer la calle. Después de pasar por la cárcel, Hannes ya solo conseguía algún que otro trabajillo de peón mal pagado. Se dio a la bebida, se volvió violento y le cedió su mujer a un chulo del callejón de Rademachergang para poder costearse sus caprichos. En el Adler no hacía más que fanfarronear, se codeaba con los peces gordos de los bajos fondos y todos los domingos pagaba una ronda a la concurrencia para el aperitivo; mientras tanto, su familia seguía viviendo en el rincón más mugriento de Bleichergang, en un sótano que solo estaba seco en verano. A partir de octubre, con la llegada del frío, en la oscura vivienda se colaban también la humedad y el moho, y poco importaba lo mucho que intentaran caldear las habitaciones.

CUANDO MARTHA LLAMÓ aquel día a la puerta de los Steubner, no encontró a nadie en casa.

—Han salido ya —informó una voz de mujer.

Miró hacia arriba y reconoció a la vieja señora Hansen, que asomaba su cabeza de cotilla por la ventana.

—Y será mejor que tú no vuelvas por aquí, Martha.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Qué voy a querer decir? —Al reír con burla, la mujer enseñó su estropeada dentadura—. Pues que ese viejo malnacido no ha podido dejar pasar la oportunidad de meter también a la chiquilla en el negocio. Desde esta semana, la niña ofrece sus servicios en Rademachergang con la madre. Es un alma perdida y no deberías juntarte con ella, Martha. Por suerte, tus padres son gente decente y quieren que llegues a ser alguien en la vida.

Martha tragó saliva. Siempre había sabido que a su amiga la amenazaba ese destino, pero esperaba que faltara aún mucho tiempo para aquello. Tiempo para encontrar otra solución, para que alguien la ayudara. Sin embargo, la risa maliciosa de la vecina lo decía todo. ¿Cómo iba a conseguir Milli ayuda de nadie, si todo el mundo opinaba que estaba condenada a prostituirse? ¿Y cómo debía reaccionar la propia Martha? Lo mejor sería no comentarlo en casa de momento, porque estaba convencida de que, si lo hacía, su madre le prohibiría volver a verla. «Imagínate lo que pensaría el señor Helbinger —casi la oía decir—. Aún creería que tú también eres de esas, y entonces seguro que no te aceptaría como aprendiz.»

«Ni que fuera contagioso...», pensó. Toda la alegría con la que había salido de casa esa mañana se desvaneció de repente. Su hermana pequeña tenía vómitos y diarrea, así que las noches siguientes no conseguiría descansar, lo cual significaba que ninguno de ellos dormiría bien. Y Milli había seguido los pasos de su madre. A Martha se le hizo un tenso nudo en la garganta. Sabía bien lo mucho que su amiga detestaba el oficio de la mujer. Más de una vez había huido a casa de Martha en busca de ayuda. La última ocasión fue tres semanas antes, porque temía que su padrastro fuese a matar a palos a su madre. Nada más enterarse, el padre de Martha salió corriendo para socorrer a Else Steubner, pero ella, a pesar de las más que evidentes contusiones, lo negó todo y, a cambio, le dio un bofetón a Milli por «ir

contando patrañas». Furiosa, al padre de Martha le gritó que no se metiera donde no lo llamaban, que su Hannes era poco menos que un santo. Unos días después, ella volvió a ver a su amiga, que intentó ocultarle los moratones, avergonzada. La agresión no había quedado solo en el bofetón de la madre, y por primera vez Martha deseó ser un hombre para hacerle pagar a Hannes Steubner con la misma moneda y quitarle a golpes las ganas de hacer maldades. Y lo mismo con Else Steubner, para que dejara de protegerlo y, en su lugar, diese la cara por su hija.

ABATIDA, SE FUE al puerto con la esperanza de animarse. Le encantaba contemplar el ajetreo portuario y ver cómo barcos de todo el mundo descargaban las mercancías. Esa tarde, sin embargo, no tenía ojos para los grandes veleros de cuatro palos ni para los gigantescos barcos de vapor que llegaban de ultramar. Era el día de su decimocuarto cumpleaños y acababa de dejar atrás la infancia, con los sueños inocentes y la vana ilusión de conseguir todos sus deseos. Ya no podía ayudar a Milli. Solo le quedaba encontrar la manera de seguir siendo amiga suya sin que la gente la mirara como a una leprosa y sin que su familia se enfadara.

De repente se cruzó con su padre, que acababa de terminar el turno.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —exclamó el hombre con alegría—. ¿Mi mujercita pasa su día especial soñando en el puerto? ¿O acaso has venido a buscarme?

—Las dos cosas —mintió Martha, que no se veía capaz de confesarle lo que la entristecía.

—Bueno, pues ven conmigo. Ahora que ya no eres una niña, nos tomaremos café en la cantina de trabajadores. —Le puso una mano en el hombro y la condujo hasta allí.

—Vaya, Karl, ¿desde cuándo vienen jovencitas guapas a buscarte? —exclamó riendo uno de sus compañeros.

—«Jovencitas guapas»... ¡Cuidado con lo que dices! —espetó su padre a modo de respuesta, y lo amenazó en broma con un dedo—. Para ti, mi hija es la señorita Westphal. Que te quede muy claro, Jochen.

Martha soltó una risilla.

—Uy, vaya con Karl, qué digno se pone... —Jochen esbozó una sonrisa—. Que paséis una buena tarde.

—Gracias, lo mismo te digo. Y ojo con jugarle ninguna mala pasada a Mariechen. No encontrarás a otra mujer como ella.

—Seguro que no. —Jochen rio.

LA CANTINA ERA un local barato pensado para el personal del puerto y los marineros, y allí no se vendían bebidas alcohólicas. Tampoco había servicio de mesas, sino que se servía a través de un pasaplato con trampilla. El padre de Martha pidió dos tazas de café y fueron a sentarse a una de las mesas.

—¿Ya te has comprado algo bonito con tus veinte peniques? —le preguntó a su hija, y sopló el café caliente antes de beber un poco.

—He ido a Trautmann —respondió ella algo cohibida.

Su padre se echó a reír.

—Yo también habría ido allí. Pero luego tienes que darles golosinas a Anna y a Heinrich, ¿de acuerdo?

—Sí, eso iba a hacer, pero Anna vuelve a estar con vómitos y diarrea, así que mamá me ha dicho que saliera a que me diera el aire.

—Bien hecho. Seguro que pasaremos una noche movidita. Y, además, con este maldito calor... —Suspiró y se pasó una mano por el bigote, pensativo. Mientras lo hacía, miró a su hija con atención—. Me parece a mí que hay algún asunto más que te preocupa.

—¿A qué te refieres, papá? —preguntó ella con inseguridad. ¿De verdad se le notaba tanto la angustia por lo de Milli?

—¿No quieres contármelo, Martha? Ya sabes que padre e hija siempre hacen frente común. —Le guiñó un ojo, de buen humor.

Ella respiró hondo.

—He ido a ver a Milli —confesó en voz baja—, pero no estaba en su casa, y entonces... la vieja Hansen me ha explicado que hace una semana que acompaña a su madre a Rademacher-gang.

Su padre bajó la mirada.

—Pobre niña. Todos lo veíamos venir, pero no ha querido dejar a su madre sola por miedo a que algún día ese Steubner la mate de una paliza.

—Pero, papá, es que ella es mi amiga y no puede hacer nada para evitar la situación.

—Todavía no has probado el café —dijo él, eludiendo contestar.

Martha, obediente, dio un sorbo.

—Papá, ¿qué debo hacer? No me parece justo tener que dejar de verla. La amistad significa estar al lado de alguien en todo momento, pase lo que pase.

—Por desgracia, la vida no es tan sencilla. Tienes toda la razón, pero vivimos en un mundo en el que la moral de la mayoría es otra. Puede que esté mal, pero si te pones a la gente en contra, aunque sea con las mejores intenciones, te rechazarán, y en ese caso ya no tendrás forma de salir adelante. Si sigues visitando a tu amiga, pondrás en peligro tu buen nombre.

—Entonces, ¿debo evitarla?

—No debes ir a su casa, donde todos te conocen —contestó su padre—. Recuerda que la vieja Hansen es la cotilla mayor del barrio. Si vuelve a verte por allí, les dirá a todos que tú también eres de esas. Pero ¿qué te impide quedar con ella en el puerto,

donde no os conoce nadie? A veces hay que buscar otra clase de soluciones.

—Entonces, ¿no tienes nada en contra de que siga viéndola?

—No, siempre que no sea en su casa.

—Pero ¿cómo voy a quedar con ella?

—Ya encontraré la forma de hacerle llegar un mensaje tuyo, y quedáis por aquí.

—¡Gracias, papá! ¡Eres el mejor padre del mundo! —Martha se levantó de un salto y le dio un beso en cada mejilla.

CUANDO SE TERMINARON el café, regresaron juntos a casa. Al llegar al piso, encontraron a Heinrich sentado en la escalera, muy afligido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su padre—. ¿Te ha castigado mamá fuera de casa porque te has comido algo sin dejar para los demás?

Heinrich negó con la cabeza.

—Me ha dicho que no esté todo el rato en medio, estorbando, que Anna está muy mal.

Martha y su padre enseguida cruzaron una mirada.

—Bueno, pues vamos a ver cómo se encuentra —dijo el hombre mientras abría la puerta del piso—. ¡Louise, ya estamos aquí! —exclamó al entrar—. ¿Cómo sigue Anna?

En lugar de una respuesta, oyeron unos sollozos contenidos. Karl fue corriendo a la habitación de los niños, y Martha lo siguió mientras Heinrich se quedaba sentado en el escalón.

Lo primero que notaron fue el terrible olor del orinal, que era aún peor de lo que Martha recordaba. En realidad, Anna ya no vomitaba, pero sufría unas fuertes convulsiones que la hacían retorcerse de dolor. Durante esas últimas horas, el rostro se le había consumido de forma visible, parecía que tuviera las mejillas hundidas, y Martha vio que su pequeña naricilla respingona resultaba

extrañamente puntiaguda. Los ojos de su hermana casi habían desaparecido en el fondo de las cuencas, profundas y oscuras.

—Está cada vez peor —informó su madre en voz baja, con la cara tan enjuta como la de su niña a causa de la enorme preocupación y el sufrimiento—. Ya he vaciado el orinal cuatro veces. Cuando arroja parece una cascada marrón, tengo la sensación de que se está secando por dentro. Karl, deberíamos buscar al médico, ya no sé qué más hacer. ¡Tengo mucho miedo!

—Está bien. —Su marido le puso una mano en el hombro para tranquilizarla y después miró a Martha—. Ve corriendo a buscar al doctor Hartmann y dile que es muy urgente.

Su hija asintió y salió de casa a todo correr sin reparar en Heinrich que, sentado en la escalera, la llamó para saber adónde iba con tanta prisa.

EL DOCTOR HARTMANN tenía la consulta en el número 25 de Scharmmarkt. Era uno de los pocos médicos que aceptaba pagos a plazos y había cerrado un acuerdo con el seguro médico de los trabajadores portuarios. Aunque le sobraban los pacientes y su consulta rebosaba, las salas de visita estaban ubicadas en un sótano. Al afable señor, con su gran bigote a lo káiser Guillermo, no se le notaba por ninguna parte esa riqueza que solía suponerseles a los médicos.

Cuando Martha llegó a la consulta, el horario de atención ya había acabado y la entrada del sótano estaba cerrada. Por suerte, el doctor Hartmann vivía justo dos plantas por encima. En la escalera olía a comida, y Martha esperó que el olor no procediera de su casa, porque entonces quizá le diera largas. Cuando llamó a la puerta del piso, al principio no oyó nada y temió que el médico hubiera salido, pero luego llegó hasta ella un rechinar, como si movieran una silla, y unos pasos. Segundos después, fue la señora Hartmann quien abrió.

—Martha, ¿qué te trae por aquí tan tarde?

—Me envían mis padres —respondió ella—. Mi hermana está muy mal, hace horas que vomita sin parar y mi madre dice que ya no sabe qué hacer, que Anna se está secando poco a poco por dentro.

—¿Necesita píldoras de carbón?

—No, dice que vaya el doctor, que es muy grave. Estamos asustados.

La señora Hartmann arrugó la frente y casi pareció que fuera a responder que ni hablar, pero entonces su marido apareció junto a ella en el vano de la puerta.

—¿Dices que tu hermana tiene vómitos abundantes?

Martha asintió.

—¿Desde cuándo?

—Cuando he llegado hoy del colegio, ya estaba muy mal. Pero esta tarde, cuando he regresado a casa, había empeorado mucho. Nunca había visto a mi madre tan asustada como ahora, junto a la cama de Anna.

—Detállame los síntomas.

Martha obedeció y, mientras hablaba, el doctor Hartmann le hizo una señal a su esposa para que fuese a por el maletín. Él descolgó un sombrero.

—¿Es grave? —preguntó la mujer.

—Podría serlo. Ya sabes lo que nos contó ayer el doctor Simon de Altona. Pero las autoridades le han prohibido hacer públicas sus sospechas diagnósticas hasta que no se confirmen.

Martha no entendía de qué hablaba el matrimonio, pero le inquietó ver que la señora Hartmann palidecía y se despedía de su marido diciéndole: «Pues ve tú también con mucho cuidado», mientras le acariciaba el hombro con cariño. Le recordó a las escenas de despedida que tantas veces había visto en el puerto, cuando alguien se iba de viaje a un lugar lejano o peligroso. Sentía mil preguntas hirviéndole en la cabeza, pero no se

atrevió a expresar ninguna en voz alta. En lugar de eso, se puso a caminar en silencio al lado del médico, que iba tan deprisa que costaba seguirle el paso.

Cuando llegaron a su casa, Heinrich seguía sentado en la escalera y su padre los esperaba en la puerta, impaciente.

—Anna casi no reacciona —dijo en cuanto saludó al doctor Hartmann.

Este se limitó a asentir y fue a la habitación de los niños. Comprobó un momento el orinal lleno, cuyo contenido parecía un agua marrón, y enseguida examinó a Anna con semblante grave.

—Han hecho bien en ir a buscarme —dijo cuando terminó—. Debemos llevarla al hospital. No es una gastroenteritis corriente y ya ha perdido mucho líquido.

—¿Qué tiene? —preguntó Louise con miedo—. ¿Es el cólera? Se rumorea que en los últimos días ha habido un par de casos.

El médico arrugó la frente.

—No lo sabremos hasta que hayan analizado los gérmenes. Voy a serle sincero, señora Westphal, en estos momentos los médicos estamos sometidos a una gran presión por parte de las autoridades. No nos permiten diagnosticar cólera y, hasta que no se confirmen los resultados, tenemos órdenes de proceder como si se tratara de las habituales gastroenteritis del verano.

—Pero ¿por qué? —preguntó Karl.

—Supongo que usted, como trabajador del puerto, lo entenderá mejor que nadie —repuso el médico—. Las autoridades temen que, si se hace público que ha estallado un brote de cólera, haya que poner la ciudad hanseática en cuarentena. Hasta el momento han sido solo unos cuantos enfermos. Un colega de Altona me ha hablado de treinta y un casos sospechosos, pero todavía no se ha confirmado ninguno. Han enviado muestras al famoso doctor Robert Koch, en Berlín, y esperarán a recibir su

peritaje. —El médico suspiró—. Aun así, les aconsejo que tomen ya todas las medidas de prevención necesarias, como si de verdad fuese cólera. Denle de beber solo agua hervida, y laven también con ella sus alimentos.

—¿Cree que viene de las cañerías? —preguntó la madre—. Anna podría haberse contagiado en el colegio.

—Sí —concedió el médico—, pero cuidar un poco más la higiene no le hará ningún daño. Lavarse las manos con frecuencia y hervir el agua puede salvar vidas.

La madre de Martha asintió.

—¿Y Anna? —preguntó el padre—. ¿Se pondrá bien?

—Eso queda en manos de Dios. —El médico volvió a suspirar—. Deberíamos llevar a la niña al hospital lo antes posible. Lo mejor será que envíen a Heinrich. Me ha parecido ver al joven bastante abatido ahí fuera, en la escalera. Seguro que le sentará bien sentirse útil. En el Hospital General tienen dos ambulancias para casos como este. Enseguida le redactaré un volante diciendo que se trata de un caso urgente para que se lo entregue al portero.

Martha vio que su madre se venía abajo, como si de repente le hubieran abandonado todas las fuerzas y el valor. Su padre envió rápidamente a Heinrich al hospital para que avisara a la ambulancia, y el doctor Hartmann se despidió de la familia con sus mejores deseos.

PASARON DOS HORAS antes de que la ambulancia al fin llegara. Heinrich iba sentado en el pescante, junto al cochero, para indicarle el camino. Cuando el carro se detuvo delante de la casa, bajó de un salto y, a pesar de lo preocupado que estaba por su hermana, no pudo evitar exclamar:

—¿Habías visto algo así antes, Martha? Solo hay cuatro coches como este en todo Hamburgo, ¡y van a llevarse a Anna en uno!

A primera vista, el vehículo parecía un coche de dos caballos normal, pero sin puertas. En lugar de eso, todos los laterales se levantaban como en una caseta de feria para poder introducir la camilla del enfermo con comodidad y sujetarla a un soporte especial.

Karl bajó a Anna en brazos y la instaló en el vehículo. Entretanto, varios vecinos curiosos se habían reunido alrededor del coche e intentaban sacarles información a los dos hermanos. Mientras que Heinrich solo contestaba que Anna estaba enferma, Martha explicaba que era probable que la grave gastroenteritis procediera del agua, y que por eso era mejor que la hirvieran y se lavaran las manos a menudo.

—Vaya, oíd eso —comentó con sorna la señora Sperling, que vivía en el piso de abajo—. Aquí la chiquilla pretende darnos unos buenos consejos, como si fuese nada menos que el médico en persona. ¿Es que no tienes idea de lo que cuesta el carbón para los fogones? ¿Y pretendes que lo malgastemos hirviendo el agua?

La madre de Martha oyó la conversación y salió en defensa de su hija.

—Solo repite lo que nos ha aconsejado el doctor Hartmann. Si es usted inteligente, le hará caso. Nosotros, de todas formas, así lo haremos.

—Dicen que en Altona ha muerto uno de cólera —intervino una segunda vecina—. Lo ha oído comentar mi Herbert en su turno. Un joven empleado de las cloacas que trabajaba en Grastbrook.

—Yo también lo he oído —confirmó la señora Sperling—. Pero el funcionario Petersen, que queda de vez en cuando con mi marido en el Adler, dice que no es verdad y que más les valdría a los médicos dejar de difundir falsos rumores. Además, todo el mundo sabe que el doctor Hartmann es un charlatán.

—Eso no es cierto —replicó con vehemencia la madre de Martha—. El doctor Hartmann es un buen médico. Nadie puede reprocharle que se enriquezca a costa de los pacientes, no se puede desear mejor trato, y atiende a todo el que va a verlo, muy al contrario que esos elegantes doctores de Eppendorf, que lo primero que hacen es poner la mano.

—Y un cuerno. Fiarles la visita a los pacientes está muy bien, pero ¿de qué sirve, si luego te endilga unos medicamentos carísimos para acabar cobrando por alguna parte? —La señora Sperling hizo un gesto despectivo con la mano—. Ese Hartmann se pone muy serio para decirte que los conjuros no curan las verrugas, y todo porque quiere venderte una solución de nitrato de plata. Pero yo lo sé bien por mi abuela: ella no solo tenía sortilegios contra las verrugas, sino incluso contra la culebrilla, y todo el mundo quedaba la mar de contento.

Louise prefirió no contestar nada y se volvió hacia su hija enferma para despedirse de ella. Anna, sin embargo, ya no se enteraba de lo que sucedía a su alrededor. Ni siquiera notó que su madre le daba un beso en la frente antes de que cerraran la compuerta y el cochero azuzara a los caballos.

Martha vio que su madre se secaba una lágrima con disimulo.

—Qué bien que mañana sea sábado —dijo entonces la mujer—. En cuanto tu padre salga a trabajar, tú y yo nos iremos al hospital de Sankt Georg para visitar a tu hermana.

Martha no dijo nada, solo asintió y siguió a la ambulancia con la mirada hasta que dejó atrás Bleichergang para incorporarse a Scharmmarkt, y después la perdió de vista. No era así como había imaginado la tarde de su cumpleaños. La terrible inquietud que sentía por su hermana pequeña le había hecho olvidar incluso la preocupación por Milli. ¿Cómo podía terminar de una forma tan horrible un día que había empezado siendo tan bonito?